La Iglesia católica colombiana durante el siglo XXI

Ricardo Arias Trujillo

Contrariamente a lo que se puede observar en otros países de la región, a lo largo del siglo XX la Iglesia católica colombiana logró no sólo conservar buena parte de los privilegios de los que había gozado en el pasado, sino que además supo mantener un gran protagonismo en los asuntos más variados de la sociedad. Trátese del mundo político o social; de los asuntos morales o culturales; de la vida privada de los individuos o de los debates públicos, la voz del clero no sólo estuvo siempre presente: fue también determinante. De esta manera, la institución eclesiástica es una pieza clave para entender la agitada y convulsionada historia del país.

Este texto estudia el papel que ha tenido la Iglesia católica colombiana desde comienzos del siglo XX, cuando, de la mano del partido conservador, desplegó una contraofensiva para desterrar los "males" que amenazaban a la sociedad, hasta nuestros días, caracterizado, en el plano de la doctrina, por unas nuevas reglas de espíritu laico que han transformado el panorama religioso del país.

Para alcanzar el objetivo señalado, nos centraremos en el episcopado colombiano, que es, en una institución eminentemente jerarquizada como la Iglesia, quien toma las decisiones, define las posiciones oficiales del clero en su conjunto y fija las orientaciones que deben seguir los fieles. Esto no quiere decir que los otros sectores del catolicismo sean simples subordinados. Como cualquier otro campo, el catolicismo es un mundo complejo, heterogéneo y dinámico, atravesado por discrepancias y luchas internas. En el caso concreto que nos atañe, veremos que buena parte de las jerarquías eclesiásticas del país se identificó, a lo largo del siglo XX, con las posiciones integrales e intransigentes del catolicismo; pero, en primer lugar, el profundo

01_ISTOR-37(1-192).indd 48 5/12/09 1:34:23 PM

conservadurismo del episcopado no le ha impedido conocer recientemente evoluciones muy significativas en materia política y social; y, en segunda medida, al lado de la voz dominante de los obispos, otras manifestaciones, provenientes de sacerdotes y religiosos, así como de intelectuales católicos, dan muestra de la diversidad y del dinamismo del catolicismo colombiano.

El seguimiento al episcopado durante el siglo XX permite establecer ciertas etapas. En un primer momento nos detenemos en los pasos iniciales del catolicismo intransigente y en los cuestionamientos que empiezan a formular ciertos sectores anticlericales (1886-1930). La segunda etapa se centra, primero, en las reformas emprendidas por los gobiernos liberales, estudiando con atención el sentido de unas medidas que buscaban, así fuese tímidamente, ampliar las bases de la democracia colombiana. Luego, vemos las respuestas del episcopado, que ayudan a entender el carácter intransigente que seguía caracterizando, ya bien entrado el siglo XX, a los jerarcas. La época conocida como La Violencia se encuentra relacionada con el conflicto entre "modernidad" y "tradicionalismo" que dividió a la sociedad en ese entonces (1930-1962). Los cambios en el catolicismo impulsados por Roma y retomados rápidamente por el clero latinoamericano constituyen el tercer capítulo. En él se ve, una vez más, el carácter reaccionario del episcopado colombiano, pero, al mismo tiempo, se observan tensiones y fisuras internas en el catolicismo, mucho más pronunciadas que en el pasado. Los problemas que aquejan al país se tornan traumáticos, en particular la guerra entre el Estado y los movimientos guerrilleros, lo que lleva finalmente a los jerarcas a replantear su actitud frente al problema social (1962-1991). El último tramo del trabajo, que se extiende hasta comienzos del presente siglo, comienza con un evento de gran importancia: la formulación de una nueva constitución que, en aras de ampliar el concepto de democracia, establece cambios radicales en las relaciones entre el Estado y las religiones. Desde ese entonces, el episcopado ha asumido, no sin cierta ambigüedad, un nuevo protagonismo en la sociedad.

LA IGLESIA CATÓLICA A COMIENZOS DEL SIGLO XX

Al igual que en el resto de América Latina, el episcopado colombiano sufrió los embates del liberalismo anticlerical que dominó el escenario político

01_ISTOR-37(1-192).indd 49 5/12/09 1:34:24 PM

del continente durante la segunda mitad del siglo XIX. Sin embargo, a diferencia de otros países, en Colombia la Iglesia católica logró sortear con éxito la arremetida liberal. Con el decidido apoyo de los conservadores, en el gobierno durante casi medio siglo (desde comienzos de los años 1880 hasta 1930), desarrolló un catolicismo que seguía de cerca la política más ortodoxa del Vaticano: intransigencia frente a los males de la modernidad, comenzando por el liberalismo, e integrismo, con el fin de ejercer su influencia en todos los ámbitos del individuo, de la sociedad y del Estado. Sin embargo, las evoluciones históricas que conoció el país generaron diversos problemas para la Iglesia. Los avances de la secularización y el retorno de los liberales al poder prendieron las alarmas en el clero.

El orden católico

Después de cortas décadas durante las cuales sus temidos rivales erigieron en principios constitucionales la libertad religiosa, el matrimonio civil, el divorcio, la educación laica, para no hablar de las medidas fiscales que golpearon las arcas del clero, de la desamortización de bienes de manos muertas, de la expulsión de los jesuitas, de los prelados que no se plegaron a los dictámenes liberales, la calma, o mejor, el "orden natural", volvió a regir en el país para bien de todos. Los odiados liberales y su constitución "atea" de 1863, que había osado barrer de un plumazo toda mención a Dios en su preámbulo, fueron sustituidos en los años 1880 por los conservadores y por una nueva carta política que hacía de la Iglesia un pilar esencial de la sociedad.

Ante "el caos, la anarquía y la inmoralidad" sembrados por el federalismo, por las libertades concedidas al individuo y por las reformas religiosas, los conservadores, apoyados por el clero e incluso por algunos liberales que habían abandonado las banderas de su partido, intentaron restablecer la "armonía social". Bajo el apocalíptico lema de "regeneración o catástrofe", sumaron sus esfuerzos para dar a los colombianos un nuevo principio de unidad, acorde, según ellos, con la "realidad" política y religiosa del país. Había que aumentar el poder del Estado central, principio de autoridad sin el cual el orden no era posible. Por lo mismo, era indispensable fortalecer al catolicismo. Las razones que se apresuraron a dar los defensores del nuevo orden eran numerosas y variadas. Las debilidades inocultables del Estado colombiano

01_ISTOR-37(1-192).indd 50 5/12/09 1:34:24 PM

hacían necesario contar con el invaluable concurso de la Iglesia, una institución no sólo presente en muchas regiones del país, sino además provista de una legitimidad y popularidad que, en muchos casos, no tenía el propio poder político. Además, era inaudito que las autoridades pretendiesen contrariar y herir los sentimientos religiosos de la población colombiana, abrumadoramente católica. Asimismo, los valores religiosos representaban el mejor camino para la regeneración del individuo y de la sociedad.

Este tipo de consideraciones, que no eran del todo insensatas, fueron sin embargo acompañadas casi siempre por una diatriba profundamente maniquea y agresiva, que invitaba no a razonar, sino a temer, peor aún, a odiar al rival político. El liberalismo, "esencialmente satánico y anticatólico"[1], pretendía "imponer gobiernos ateos a pueblos creyentes". Tales eran los propósitos de Miguel Antonio Caro, uno de los políticos más influyentes del siglo XIX. Para este católico ultramontano, las fuerzas del bien debían aspirar "a organizar la sociedad" de acuerdo a los principios cristianos.[2] En la medida en que la acción del liberalismo, el "gran error" de los "tiempos modernos", se hacía sentir tanto en lo político como en lo religioso, "por esa razón debe ser, y es en efecto, religioso-política la cruzada que a sus invasiones oponemos". La contraofensiva, en clave religioso-militar, era dirigida por el máximo jerarca del catolicismo, Pío IX, "el Papa excepcional", el luchador infatigable que formuló en el *Syllabus* "el programa filosófico y político" que debía servir de modelo a los defensores del catolicismo en su lucha contra el liberalismo y la "civilización moderna".[3]

Una vez obtenido el triunfo, sellado tanto en las urnas como en el campo de batalla, los "regeneradores", de la mano de Miguel Antonio Caro, se mostraron decididos a cambiar el rumbo del país. El federalismo, las libertades individuales y la laicidad del Estado fueron sustituidos por el centralismo, por una rígida concepción del poder y por la alianza entre el Estado y la

[1] Miguel Antonio Caro, "El Partido Católico en el mundo", en *El Tradicionista* (Bogotá, año I, trimestre 1°, núm. 1, 21 de noviembre de 1871; en Miguel Antonio Caro, *Obras*, t. I, *Filosofía, Religión, Pedagogía*. Bogotá: Instituto Caro y Cuervo, 1962, p. 757).

[2] *Ibid.*, p. 751.

[3] *Ibid.*, p. 752.

01_ISTOR-37(1-192).indd 51 5/12/09 1:34:24 PM

Iglesia católica. La constitución de 1886 –la cual perduraría, aunque con muchos retoques, hasta 1991–, así como el concordato firmado un año después, sentaron las bases de lo que puede considerarse un Estado confesional, dado el papel determinante que se le reconocía oficialmente a la Iglesia en la estructura del país. Más allá de los límites fijados por la propia carta, en los que se aclaraba que la Iglesia católica "no es ni será oficial" y se reconocía la libertad de cultos, la religión, no obstante, volvía a ocupar un lugar central en el ordenamiento de la nación.[4]

Los liberales, estimulados por la posibilidad de retomar el poder y restaurar su programa, declararon en varias ocasiones la guerra a los gobiernos conservadores, pero los aparatosos reveses que sufrieron terminaron por restarle todo protagonismo en la escena política durante largos años. La cruenta guerra de los Mil Días (1899-1902) significó, en efecto, el ostracismo del liberalismo y con él, los sueños de un Estado laico, sepultados durante las siguientes tres décadas.

Antes, durante y después de los enfrentamientos bipartidistas, la retórica de los sectores clericales fue pieza esencial. Los pesos pesados del catolicismo más antiliberal no escatimaron esfuerzos para condenar, una y otra vez, la maldad intrínseca del rival. El más recalcitrante de todos, sin ninguna duda, fue el obispo de Pasto, Ezequiel Moreno, un cura español que desembarcó en Colombia huyendo de las guerras carlistas que sacudían a su país. En sus continuos anatemas, plasmó su concepción de la historia con tonos eminentemente religiosos y militares. La historia era la lucha que libraban el bien y el mal, es decir quienes aspiraban a regir el mundo "según la ley de Dios y enseñanzas de la Iglesia", y quienes, por el contrario, "aborrecen" a Cristo, arrojándolo "como intruso y ladrón de las leyes, de las instituciones y gobierno de los pueblos".[5] El católico que quisiera ser digno

[4] La educación pública quedaba bajo el estricto control del clero, al igual que el registro civil y la administración de los cementerios. El fuero eclesiástico le reconocía libertad de acción y autonomía jurídica a la Iglesia. En materia económica, el clero quedaba exento de cargas fiscales. En el tema de la familia, el matrimonio religioso fue declarado el único válido para los católicos, con efectos civiles, y sometido exclusivamente a la autoridad eclesiástica.

[5] "Tercera Circular" (25 de julio de 1900), en Ezequiel Moreno, *Cartas pastorales, circulares y otros escritos del Ilmo. y Rmo. D. Fr. Ezequiel Moreno y Diaz*. Madrid: Imprenta de la hija de Gómez Fuentenebro, 1908, p. 244.

01_ISTOR-37(1-192).indd 52 5/12/09 1:34:24 PM

de ese nombre tenía que mirar a "la secta liberal", "la gran calamidad de la época presente", "con horror", debía huir "de ella como de peste contagiosa".[6] Durante la guerra de los Mil Días no se cansó de exhortar, durante tres largos años, a los "soldados de Cristo" a que tomasen los fusiles para defender la fe con "valor cristiano".[7] Desde su punto de vista, la guerra debía ser interpretada como un castigo divino que golpeaba a una sociedad pecadora, invadida por la "peste del liberalismo". Sin embargo, la guerra también era portadora de "grandísimos bienes", como el fortalecimiento de "la sana y recta aversión que se debe tener a las ideas liberales" y "el ardor que ha vuelto a calentar los pechos católicos para defender los sanos principios".[8]

El fanatismo de Moreno –quien fue canonizado, recordémoslo, en 1992 por Juan Pablo II– no era compartido por todos los miembros del clero. Dentro del campo católico había también espacio para corrientes más moderadas, que exhortaban a los colombianos a deponer los odios bipartidistas, condenando de paso a los sectores intransigentes del clero que creían que el sacerdocio estaba únicamente al servicio de los conservadores. Pero las manifestaciones en contra de la guerra no implicaban una revisión de la imagen que se tenía de los liberales. Así, después de pedir al clero más intransigente moderar sus pasiones políticas, Bernardo Herrera, arzobispo de Bogotá, achacaba al liberalismo, en una pastoral de 1903, la responsabilidad de cuantiosos males: la escuela laica "explica muy bien el que las sociedades contemporáneas, y entre ellas nuestra propia Patria, hayan cosechado y sigan cosechando los amargos frutos que tan emponzoñada raíz tenía que producir, a saber, las conmociones populares, las revueltas incesantes, las ambiciones insaciables, el desconocimiento de toda autoridad divina y humana y un acervo incalculable de ruinas en lo moral y en lo material".[9] Como casi todos los miembros del clero, monseñor hacía suya la encíclica *Libertas* (1888), en la que León XIII había "demostrado" que el liberalismo,

[6] "Segunda Carta Pastoral" (10 de agosto de 1896), en *ibid*., p. 75.

[7] "O con Jesucristo o contra Jesucristo. O catolicismo o liberalismo" (1899), en *ibid*., p. 145.

[8] "Undécima Carta Pastoral" (10 de febrero de 1900), en *ibid*., pp: 216-220.

[9] Bernardo Herrera, *Pastorales, circulares, decretos y otros documentos del Ilmo. y rvdmo. sr. dr. d. Bernardo Herrera Restrepo, arzobispo de Bogotá, Primado de Colombia*, t. I. Bogotá: Imprenta de San Bernardo, 1912, p. 124.

01_ISTOR-37(1-192).indd 53 5/12/09 1:34:24 PM

en cualquiera de sus modalidades, era una doctrina que debía ser condenada por la Iglesia.

Nuevos tiempos, nuevas inquietudes

A los temores suscitados por el liberalismo, a partir de comienzos del siglo XX se fueron sumando otros motivos inquietantes a medida que la sociedad colombiana, bajo el impulso del desarrollo económico, iba transformándose. Con el auge cafetero se desarrolló una incipiente industria, se dio cierto auge urbano y surgieron nuevos actores sociales. En una sociedad cada vez más compleja, que parecía dejar atrás el viejo cascarón colonial y pretendía alcanzar el "progreso", los jerarcas de la Iglesia no tardaron en advertir los serios riesgos que implicaba el mundo moderno para el tipo de catolicismo al que se aferraban con todas sus fuerzas.

Bajo el liderazgo de Bernardo Herrera, arzobispo de Bogotá (1891-1928), la institución eclesiástica se dotó de una mejor organización y puso en marcha varias iniciativas tendientes a encarar colectivamente los nuevos retos. Era indispensable hacer de la Iglesia una verdadera institución colectiva, orientada hacia unos mismos objetivos, trabajando de acuerdo a unos parámetros unificados y siguiendo las pautas establecidas desde el centro. En 1908, Herrera convocó a la primera reunión nacional de obispos colombianos: allí, los jerarcas, inspirándose en el discurso de Pío X sobre la misión de la Iglesia, se pronunciaron colectivamente acerca de la tarea que debían asumir en la compleja situación de la época, subrayando claramente los temas que mayor preocupación les suscitaba y, que por lo mismo, estarían presentes en casi todos sus discursos, a saber, la inmoralidad, la secularización y las revueltas sociales:

> La obra que nos ha sido encargada, es poner de nuevo las sociedades humanas, hoy apartadas de la sabiduría cristiana, bajo la disciplina de la Iglesia […]. Para lograr tan envidiable resultado, es menester que nos esforcemos con particular empeño en extirpar de raíz ese crimen monstruoso y detestable, propio de nuestros tiempos, que consiste en subrogarse el hombre a Dios; hemos de restituir su antigua dignidad a las leyes santísimas y a los consejos del Evangelio; hemos de predicar más y más las verdades que la Iglesia propone acerca de la santidad del matrimonio, de la educación e instrucción de la niñez, de la propie-

01_ISTOR-37(1-192).indd 54 5/12/09 1:34:25 PM

> dad y uso de los bienes temporales, de los deberes de los que administran la cosa pública; hemos, en fin, de restablecer, conforme a las ideas y a la moral cristianas, la armonía entre las diversas clases que componen la sociedad.[10]

A partir de ese momento, el mismo Herrera se dio a la tarea de crear diversas formas de trabajo asociativo con el fin de unir "a los buenos hijos de la Iglesia, y (disponerlos) a modo de ejército formado en batalla para defender los sagrados derechos de la religión".[11] La Conferencia Episcopal de Colombia (CEC), creada para estudiar periódicamente, y "en armonía de criterios y propósitos las necesidades e inquietudes del catolicismo colombiano",[12] confirmaba la voluntad de enfrentar los nuevos retos de una manera colectiva. En una de las primeras declaraciones, la CEC abrió las puertas al laicado para que, bajo la vigilancia del clero, impulsara todo tipo de iniciativas: educar al "pueblo", desarrollar la catequesis, defender la buena prensa, alentar la caridad de los ricos, crear hospicios y hospitales, asilos para huérfanos y ancianos, y "tantos otros institutos benéficos" que la Iglesia "se gloria de haber dado origen en los tiempos pasados y en los presentes".[13]

Los últimos pasajes de la cita anterior remiten a uno de los grandes debates que se dieron en el país a partir de los años veinte: la "cuestión social". Nos vamos a detener en él, pues las candentes controversias que generó permite hacer un seguimiento a 1) las posiciones del episcopado; 2) la recomposición del campo católico; 3) los avances –tímidos– de la secularización.

El problema social se hizo evidente en la década de 1920. El mundo obrero, un poco mejor organizado gracias a los sindicatos y a una mayor conciencia social, manifestó abiertamente su descontento por los múltiples atropellos del que era objeto. El auge de la prensa socialista y las crecientes huelgas, algunas de ellas de alcance nacional, eran reveladores de la militancia de obreros y campesinos. Con la creación del Partido Socialista (1919) y la aparición de una pequeña corriente "progresista" en el partido liberal, los sectores populares del campo y la ciudad contaron con nuevas formas de apoyo.

[10] *E supremi apostolatus cathedra*, en *ibid*., p. 337.

[11] "Pastoral para la Cuaresma de 1904", en *ibid*., p. 200.

[12] *Conferencias Episcopales de Colombia*, t. I, *1908-1953*. Bogotá: Editorial El Catolicismo, 1956 (Prólogo), p. 6 (en adelante, los textos de la Conferencia serán citados por sus iniciales, CEC).

[13] "Pastoral para la Cuaresma de 1904", en *op. cit*., p. 200.

01_ISTOR-37(1-192).indd 55 5/12/09 1:34:25 PM

Desde muy temprano, el clero tomó atenta nota del problema social. De acuerdo con la concepción jerarquizada de la sociedad que la Iglesia siempre había defendido, la pobreza no era un asunto que implicara su solución definitiva, aunque, dados los crecientes clamores nacionales y el éxito de unas cuantas revueltas en algunos lugares del planeta, tampoco convenía mostrarse demasiado indiferente. Había, pues, que hacer algo. Siguiendo de cerca la doctrina social de la Iglesia, formulada por León XIII en su encíclica *Rerum Novarum* (1891), el clero colombiano puso en marcha diferentes estrategias. Por una parte, fomentó numerosas instituciones populares, destinadas a aliviar la vida material de los sectores más pobres (cajas de ahorros, círculos de obreros y cooperativas de agricultura, entre otras). Estas iniciativas pretendían, por una parte, demostrar que la Iglesia sí se preocupaba por la suerte de los sectores más desprotegidos; pero buscaban también contrarrestar la propaganda y el avance de los enemigos del clero: "Aplazar para más tarde la Acción Católica Social, so pretexto de que el pueblo todavía es católico, sería exponernos a correr la suerte de otros pueblos donde la clase obrera ha sido arrebatada a la fe por la organización socialista".[14]

Pero la verdadera causa del problema social no se hallaba, como lo sostenían perversamente las doctrinas "impías", en las "estructuras" de la sociedad, sino en el clima de inmoralidad reinante. De ahí que buena parte de la retórica del clero estuviese encaminada a denunciar los vicios, las malas costumbres y todas aquellas otras formas de desviación que amenazaban el alma humana, y que había traído consigo el supuesto "progreso": la mala prensa, los bailes y los teatros, así como los libros de todo género, especialmente novelas, que eran en realidad "verdaderos panegíricos del vicio y del libertinaje".[15] A pesar de las buenas intenciones del clero, los resultados no parecían satisfactorios. Es lo que se puede deducir al ver que las mismas admoniciones se repetían año tras año. En 1913, el episcopado, una vez más, volvía a pronunciarse sobre las conductas indeseables, tales como las "lecturas malas", las "uniones ilegítimas" –un "vicio detestable"–, pues

[14] "Acción Social Católica" (1913), en *CEC*, *op. cit.*, p. 53.
[15] "Pastoral con ocasión de la fiesta del Carmen" (1912), en *ibid.*, p. 577.

01_ISTOR-37(1-192).indd 56 5/12/09 1:34:25 PM

significan el "desquiciamiento de la sociedad doméstica".[16] A finales de los años veinte, los prelados arremetían contra las modas "inmodestas" de las mujeres,[17] los "bailes provocativos e indecentes, los concursos de belleza y otros reinados paganos".[18]

La suma gravedad de los problemas implicaba poner en marcha un tratamiento radical: el antídoto era la "recristianización" de la sociedad, un proyecto que había sido formulado por Pío X. Desde muy temprano, el clero se había expresado al respecto, en términos alarmistas que no dejaban espacio para la duda, pues de no acogerse al catolicismo, el país caería en la "barbarie":

> Es el momento presente el más fatal de la historia del género humano. Desde sus orígenes hasta hoy no se había encontrado el mundo ante el enigma de la revolución social que se aproxima para entregar los estados civiles al proletariado victorioso […]. O ha llegado la última hora para la sociedad civil, después de la cual no puede venir sino la barbarie y el caos, o la civilización tiene que apelar al único remedio que puede salvarla […]. Sólo hay un remedio contra la plaga; sólo un baluarte contra el anarquismo: la vuelta al cristianismo bajo la acción restauradora de la Iglesia. Sólo el freno de la moral, aplicado a los intereses materiales, puede establecer el equilibrio social destruido; sólo así puede reivindicarse el proletario de la opresión del capitalismo.[19]

La recristianización, centrada en el plano moral, no suponía en ningún caso una reestructuración de las jerarquías sociales. Por el contrario, se sustentaba en el respeto al orden establecido. Por más injusto que éste fuese aparentemente, los pobres no podían pretender alterarlo. Por tal razón, buena parte de los mensajes sociales del clero estaban destinados a recordarle a los sectores populares *su lugar* en la sociedad. Otros textos, aún más explícitos, llamaban la atención de campesinos y obreros sobre el *sentido* de

[16] "Uniones ilegítimas" (1913), en *CEC*, *op. cit.*, p. 310. El episcopado solicitó a los párrocos que en caso de que sus honorarios representaran un obstáculo para la celebración del matrimonio católico, se abstuvieran de cobrar dinero; ver *ibid.*, p. 312.

[17] "Lecturas malas" (1927), en *CEC*, *op. cit.*, pp: 225-226; "Modestia en los vestidos" (1927), en ibid., pp: 268-269.

[18] "Pastoral Colectiva" (1927), en *ibid.*, p. 269.

[19] "Acción Social Católica" (1913), en *CEC*, *op. cit.*, pp: 50-51.

01_ISTOR-37(1-192).indd 57 5/12/09 1:34:25 PM

la pobreza. Así, en la pastoral colectiva de 1927, el episcopado, tras denunciar una vez más las falsas promesas de los socialistas, que "hacen creer al pueblo que nada tiene que esperar para la otra vida", insistió en la necesidad de enseñar al obrero que "esta vida es tiempo de prueba, en el cual hemos de ganar, en el fiel cumplimiento del deber y con la paciencia en las adversidades, la felicidad eterna".[20]

La delicada cuestión social tuvo un momento particularmente álgido en 1928, con la huelga de las bananeras. Trabajadores de la United Fruit Company estaban a la espera de representantes del gobierno y de la multinacional para resolver el problema laboral. El clima era muy tenso, pues tanto las autoridades como los trabajadores del banano se acusaban y se provocaban mutuamente. Poco antes del estallido de la huelga, el gobierno conservador había emitido una serie de leyes de "orden social" que privilegiaba la fuerza para enfrentar a los que, según el gobierno y la Iglesia, no eran más que revoltosos manipulados por el comunismo. A comienzos de diciembre, cuando los trabajadores se hallaban reunidos en una plaza, la fuerza pública, con el respaldo del gobierno, reprimió la huelga de manera brutal.

Al tiempo que el episcopado y la extrema derecha apoyaban la represión oficial agitando el espectro del comunismo y se negaban a ver el trasfondo del problema social, algunos conservadores mostraban otra faceta del catolicismo. Figuras destacadas en la política y el periodismo, como Abel Carbonell, Rafael Escallón y Guillermo Camacho Carrizosa, rechazaron enfáticamente el manejo dado a la huelga de las bananeras. Sus posiciones críticas ya se habían hecho sentir unos años atrás, cuando los dos primeros se trenzaron en arduas disputas con sectores que apoyaban la militancia política del clero. Carbonell y Escallón manifestaron en ese entonces que "la excesiva ingerencia (sic) del clero en la política y la mezcla que muchos conservadores han hecho entre sus ideas políticas y la doctrina católica", era la causa central del descontento de la juventud frente a la Iglesia. Resultaba apenas obvio que las actitudes "bélicas del pastor de almas" "lanzando venablos contra el adversario político" desde el púlpito, "fomentando las pasiones políticas en nombre de la religión", tenían efectos contraproducentes.[21]

[20] "Pastoral Colectiva" (1927), en *ibid*., p. 379.
[21] "La Juventud y la irreligión", *La República*, 1 de enero de 1924.

01_ISTOR-37(1-192).indd 58 5/12/09 1:34:25 PM

La constante injerencia del clero en asuntos políticos no era apoyada, como vemos, por todos los conservadores. Un ejemplo más de ello lo encontramos años atrás: Carlos E. Restrepo, presidente conservador y católico (1910-1914), había condenado la "amalgama político-religiosa", entre otras razones porque contrariaba las disposiciones papales.[22] Más sorprendente aún: se rehusó a utilizar su alta investidura a favor del catolicismo: "Soy católico, pero como Jefe Civil del Estado –dándole a la Religión Católica las garantías que le reconoce la Constitución Nacional– no puedo erigirme en pontífice de ningún credo y sólo seré el guardián de la libertad de las creencias, cualesquiera que sean, de todos los colombianos".[23]

El problema social, como lo mencionábamos, también permitió a estos católicos mostrar sus profundas discrepancias con el clero y la derecha reaccionaria. En varios artículos de prensa publicados a finales de los años veinte, a medida que el problema social adquiría cada vez mayor importancia, Camacho Carrizosa insistió en que el conservatismo colombiano debía seguir el ejemplo de su homólogo inglés, que se había convertido en el partido de las libertades, sirviendo así de "dique contra la invasión bolchevique", pero también de "antídoto contra la difusión del mussolinismo".[24] Para Carbonell, las protestas sociales o el comunismo, sin duda "una de las más peligrosas aberraciones ideológicas que pueden afligir a la sociedad",[25] no podían ser acallados por medios violentos, a costa de la democracia, sino a través de profundas reformas. El partido conservador, en el gobierno desde hacía ya casi cinco décadas, debía "crear, por medio de leyes bien meditadas, un estado social reacio a los fenómenos que generan las luchas de clases, como son la miseria, el latifundio y las desigualdades injustas".[26] Carbonell admitió explícitamente, como lo sostenía la "izquierda", la relación directa entre pobreza y lucha de clases, una tesis condenada en todos los términos por los sectores clericales. "Es preciso reconocer" que las doctrinas revolucionarias "no habrían germinado ni se habrían desarrollado en

[22] Carlos E. Restrepo, *Orientación Republicana*, t. II. Bogotá: Banco Popular, 1972, p. 88.

[23] *Ibid.*, p. 28.

[24] "Es Tutankamen" en *El Tiempo*, 26 de junio de 1928; cf. también "El partido conservador inglés y la evolución política" en *El Tiempo*, 18 de julio de 1928.

[25] "Estadistas en potencia" en *Por la doctrina*. Barranquilla: Editorial del Diario del Comercio, 1929, p. 117.

[26] "Política absurda" en *Por la doctrina*, *op. cit.*, pp: 21-22.

01_ISTOR-37(1-192).indd 59 5/12/09 1:34:26 PM

la forma que estamos viendo si el ambiente social no favoreciera su germinación y desarrollo".[27]

El campo católico, sin embargo, continuó dominado por los representantes más intransigentes, poco dispuestos a tener en cuenta los valores que intentaban promocionar sectores minoritarios, afines con los principios liberales y democráticos. Las intervenciones clericales no se interrumpieron, como tampoco sus continuas voces de alarma. No obstante, a pesar de las reiteradas quejas de los jefes de la Iglesia, la situación del catolicismo en Colombia no era desesperante. Los avances de la secularización eran todavía muy tímidos y no concernían sino a sectores urbanos minoritarios. Las ciudades colombianas, principal foco de la "herejía modernizante", no exhibían los mismos niveles de anticlericalismo que animaban a los grandes centros urbanos de América Latina. El desarrollo industrial, muy incipiente, no había dado lugar a la consolidación del movimiento obrero; éste, por el contrario, constituía una fuerza muy limitada, lo que explica, a su vez, la poca acogida que tuvieron los nacientes partidos de izquierda en los sectores populares. La agitación intelectual era también un asunto de minorías. De manera, pues, que los cuestionamientos anticlericales, que cobraron fuerza a partir de 1920, no parecían amenazar la posición privilegiada de la Iglesia. Y, sin embargo, sucedió lo inesperado.

La participación directa de la jerarquía en la elección de los candidatos conservadores para las elecciones de 1930 fue una de las razones por la cual la "hegemonía conservadora" llegó a su fin. Las indecisiones y contradicciones de los obispos, que finalmente no lograron ponerse de acuerdo, condujeron a la división de los conservadores. El liberalismo, el tan temido rival, retornaba así al poder después de medio siglo.

EL LIBERALISMO, LA VIOLENCIA Y EL EPISCOPADO (1930-1962)

A pesar de que los gobiernos liberales (1930-1946) no fueron particularmente anticlericales, el episcopado disparó su artillería para evitar, a toda

[27] "Los estadistas de ahora" en *Por la doctrina*, *op. cit.*, p. 65. Para una exposición más desarrollada acerca de las discrepancias entre los intelectuales católicos colombiano de los años 1920, ver Ricardo Arias, *Los wleopardos. Una historia intelectual de los años 1920*. Bogotá: Uniandes-Ceso, 2007, pp: 173-180, 191-199, 278-284.

01_ISTOR-37(1-192).indd 60 5/12/09 1:34:26 PM

costa, que sus rivales pusieran en peligro el "orden católico". La oposición que ejercieron obispos y conservadores llevó a la sociedad a tal extremo de polarización, que pronto las controversias y los desacuerdos escaparon del ámbito institucional. El regreso de los conservadores al poder, en 1946, agravó aún más la situación: el país entró en un largo periodo de guerra civil, en la cual la Iglesia jugó un papel decisivo. Hacia comienzos de los años sesenta, cuando la situación de la Iglesia parecía bastante confortable en medio de la reconciliación bipartidista, el modelo del catolicismo que con tanto denuedo había defendido el clero colombiano fue sacudido por un espíritu de renovación impulsado por el Vaticano.

La "república liberal" (1930-1946)

Lo primero que hay que advertir es que los cuatro gobiernos liberales que sucedieron a la larga hegemonía conservadora no permiten hablar de una política homogénea. El primero de ellos, encabezado por Enrique Olaya, fue tan moderado que algunos historiadores no dudan en señalar que la verdadera ruptura con el régimen conservador se dio con la llegada de su sucesor, en 1934. Es cierto que, en respuesta a las presiones sociales, Olaya estableció la jornada laboral de ocho horas y tomó otras iniciativas a favor de los sectores populares, pero no fue un defensor convencido de estos últimos. En materia religiosa, su cautela fue absoluta: no quiso hacer el más mínimo cambio en las relaciones entre el Estado y la Iglesia, lo cual no evitó una andanada de críticas en su contra por parte del clero.

La situación cambió de manera significativa con la llegada de Alfonso López Pumarejo, un estadista que creía en la necesidad de implementar una política moderna para responder a los desafíos que estaban pendientes desde tiempo atrás. Pese a una retórica que exaltaba el carácter revolucionario de su gobierno y que hablaba de los derechos sociales de los trabajadores, de la reforma agraria, de la inclusión de sectores marginados, fue un programa moderado. Sin embargo, en medio del profundo tradicionalismo de amplios sectores dirigentes, las medidas sociales y religiosas adquirían inevitablemente un tinte "radical".

El reconocimiento de varios derechos laborales a la clase obrera, la intervención estatal a favor de los huelguistas y el apoyo a la creación de una

01_ISTOR-37(1-192).indd 61 5/12/09 1:34:26 PM

gran central sindical, fue suficiente para que López se ganara el apoyo de los sectores populares, pero, asimismo, fue el detonante que disparó la feroz oposición de los sectores reaccionarios. Para los conservadores más radicales –admiradores en ese entonces de la extrema derecha europea-, así como para la mayoría de prelados, e incluso para un amplio sector del liberalismo de "centro", las tendencias igualitaristas constituían el primer paso para llegar al comunismo.

Otra medida polémica, que suscitó la ira santa de sus contradictores, fue la reforma religiosa. Para López, la separación Iglesia-Estado era el camino indicado para acabar con el viejo problema de la politización del clero. La educación laica, científica, alejada del dogmatismo religioso, facilitaría el progreso de la nación. Finalmente, la libertad religiosa, el divorcio y el matrimonio civil respondían a una sociedad algo más secularizada. Pero estas medidas, ofrecidas como una alternativa, no cuestionaban los privilegios del clero en materia educativa ni sus derechos sobre el matrimonio católico: la Iglesia creó o reabrió universidades en varias ciudades del país y a nadie se le obligaba a casarse por lo civil; el propio López se casó por lo católico con su segunda esposa, luego de que la primera falleciera…

El clericalismo

En los años treinta, el antiliberalismo de la militancia católica se alimentó del profundo temor que suscitaba el "comunismo ateo", que hacía estragos no sólo en México y la Unión Soviética, sino además en la "madre patria" y, sobre todo, en la propia Colombia. El acercamiento entre López y el Partido Comunista, que se selló con la creación de un Frente Popular (1936) para contrarrestar a la extrema derecha, así como los gestos del gobierno a favor del proletariado y las promesas de una reforma agraria, significaban, según sus detractores, la antesala del triunfo de la izquierda.

Es cierto que, dentro del catolicismo, hubo excepciones, pero se trató apenas de unas pocas y tímidas voces que no tardaron en ser ahogadas por la barahúnda de las corrientes más intransigentes. Para los sectores clericales, lo que estaba en juego era el "hecho social católico", la concepción integral tanto del individuo como de la sociedad, y los valores más sagrados de la nación. De ahí la fuerte reacción de la oposición, que condenó sin

01_ISTOR-37(1-192).indd 62 5/12/09 1:34:26 PM

contemplación todos los aspectos incluidos en la reforma. El divorcio, el matrimonio, la libertad de cultos, la educación laica, no sólo violaban el Concordato, sino que atentaban contra la moral, desconocían a Dios, eran contrarios a los sentimientos de "casi la totalidad del pueblo", que era católico. En alusión a la libertad religiosa, los obispos afirmaban que el gobierno trataba de equiparar la verdadera religión con "el error y la herejía";[28] y, en cuanto a la "escuela laica, es decir atea", ésta no era más que la "gangrena de la sociedad actual".[29] Ismael Perdomo, arzobispo de Bogotá, señalaba un punto central en la mentalidad del clero: ¿cómo podría el pueblo soportar las dificultades económicas, la corrupción y otras amarguras, si el Estado debilitaba "el sostén y el vigor colmado de esperanzas" que le brinda la religión?[30] La cúpula de la Iglesia advirtió que aprobar la reforma equivalía a desatar una guerra santa: "Hacemos constar que nosotros y nuestro clero no hemos provocado la lucha religiosa, sino que hemos procurado mantener la paz de las conciencias aún a costa de grandes sacrificios; pero si el Congreso insiste en plantearnos el problema religioso, lo afrontaremos decididamente y defenderemos nuestra fe y la de nuestro pueblo a costa de toda clase de sacrificios, con la gracia de Dios".[31]

Además de condenar el liberalismo, el clero reforzó su influencia en la sociedad a través de diferentes mecanismos. En una política de claro corte *integral* que se desarrolló a lo largo del gobierno de López, se abrieron, como ya se dijo, nuevas universidades confesionales para contrarrestar la educación laica; se retomaron los postulados de *Quadragesimo anno* para ofrecer una respuesta católica al problema social; la Acción Católica enfiló sus baterías para "conquistar almas, perfeccionarlas y hacerlas trabajar por la restauración cristiana de las familias y de la sociedad",[32] política que se desplegó a través de una serie de "*estructuras católicas paralelas* en los terrenos

[28] "Memoriales al Senado de la República sobre el proyecto de nueva Constitución" (8 de noviembre de 1935), p. 336, citado en *La Iglesia*, Nº 11, noviembre, 1935, p. 337.

[29] "Pastoral Colectiva" (1936), en *CEC*, *op. cit.*, pp: 408-409.

[30] "Memoriales al Senado de la República…", *op. cit.*, p. 336, citado en *La Iglesia*, núm. 11, noviembre, 1935, p. 337.

[31] Citado en Álvaro Tirado y Magdala Velásquez, *La reforma constitucional de 1936*. Bogotá: Fundación Friedrich Naumann-Editorial Oveja Negra, 1982, pp: 235-237.

[32] Ana María Bidegaín, *Iglesia, pueblo y política. Un estudio de conflictos e intereses: Colombia, 1930-1955*. Bogotá: Universidad Javeriana-Facultad de Teología, 1985, p. 61.

01_ISTOR-37(1-192).indd 63 5/12/09 1:34:27 PM

funcionales claves de la sociedad" (planteles educativos, prensa, sindicatos, agremiaciones de diferente índole, etc.).[33]

Las profundas tensiones suscitadas por la "revolución en marcha" se aliviaron un poco durante el siguiente gobierno (1938-1942), encabezado por un enemigo acérrimo de la política social y anticlerical de López. Pero en 1942, cuando éste volvió a ser reelegido, nuevamente se tensó el clima político. Y, sin embargo, el propio López se había mostrado durante su campaña mucho más moderado, repitiendo que la cuestión religiosa no sería objeto de más reformas, promesa que cumplió plenamente.

La Violencia

En 1946, con el retorno de los conservadores al poder, el clima de violencia que vivía el país desde la década anterior se intensificó hasta alcanzar niveles espeluznantes. Una mezcla explosiva de pasiones partidistas, conflictos de clases, luchas burocráticas y reacciones de los sectores tradicionales frente a los efectos de la "modernidad", generó una complejísima guerra civil que azotó al país durante más de dos décadas, dejando aproximadamente 200 mil muertos. Si semejante desastre había empezado a fraguarse durante la "república liberal", la violencia, además de intensificarse, se oficializó a partir de 1946, cuando tanto Mariano Ospina (1946-1950) como Laureano Gómez (1950-1953) convirtieron las instituciones estatales en agentes al servicio de los conservadores. La Iglesia, en medio del torbellino, hizo poco por calmar los ánimos: una vez más, dio su pleno respaldo a sus aliados tradicionales, quienes, a su vez, prometían al clero abolir las reformas religiosas de López y restablecer el "orden católico", inspirándose para ello –sobre todo Gómez– en la constitución corporativista de la España franquista.

El clero, pues, fue un actor más en los conflictos de la época y, a su manera, también contribuyó a exacerbar los ánimos y a polarizar la sociedad en dos bandos irreconciliables. Desde el púlpito, la prensa, la escuela, e incluso desde el Congreso, lanzó diatribas fulminantes contra el comunismo, el

[33] Rodolfo de Roux, "El laicado y la cuestión social. La Iglesia colombiana en el periodo 1930-1962" en *Historia general de la Iglesia en América Latina*, t. VII, *Colombia y Venezuela*. Salamanca: CEHILA-Ediciones Salamanca, 1981, p. 545.

01_ISTOR-37(1-192).indd 64 5/12/09 1:34:27 PM

laicismo, el deterioro moral y el liberalismo, del que parecían derivarse todos los males. Las posiciones del episcopado durante la época de La Violencia se reflejan claramente en las pastorales que dio a conocer tras el asesinato del líder liberal Jorge Eliécer Gaitán, el principal abanderado de los sectores populares en la historia del país. Inmediatamente después del crimen, en Bogotá y en otras ciudades estallaron revueltas populares que pronto derivaron en bandidaje, particularmente en la capital.

De acuerdo a las pastorales de esos años, el 9 de abril de 1948 –día del "magnicidio" según los sectores populares, día en que irrumpió la "plebe", según la elite–, estuvieron amenazadas "la religión y la Patria". Fue una "hora aciaga" en la que "la vida de un pueblo culto y cristiano" se vio "hondamente perturbada".[34] Como de costumbre, la inmoralidad reinante, la desobediencia de los mandatos del clero y la ausencia de una adecuada educación cristiana, base de una formación moral y religiosa, estaban en el fondo de los "acontecimientos trágicos". Y después de lamentar la gravedad de los problemas sociales, una vez más recordaban a los sectores populares que las causas de la injusticia que sufrían obedecían a múltiples causas, "muchas de ellas fundadas en la naturaleza misma, que determinan esas inevitables desigualdades". Como para que nunca olvidaran un mensaje tan aleccionador, los prelados repetían oportunamente la sentencia atribuida al Creador: "'Siempre tendréis pobres entre vosotros', nos dijo Nuestro Señor Jesucristo".[35] Cierto, hubo también algunos llamados de atención a los "abusos" y a la "iniquidad" provocados por la "economía liberal capitalista".[36] Igualmente, se escucharon voces de destacados prelados pidiendo la unión de liberales y conservadores para hacer frente al comunismo, que supuestamente había demostrado todo su poder tras el asesinato de Gaitán. Finalmente, en las pastorales posteriores al 9 de abril, el episcopado pareció mostrar una mayor preocupación ante la falta de reformas sociales. Pero, en el fondo, el discurso tradicional se mantuvo, aquel que veía en la pobreza

[34] "Pastoral Colectiva" (6 de mayo de 1948), en *CEC*, pp: 466-479. El asesinato de Gaitán es apenas mencionado en los documentos.

[35] "Pastoral Colectiva" (29 de junio de 1948), en *CEC*, *op. cit.*, pp: 483-484.

[36] *Ibid.*, p. 470.

01_ISTOR-37(1-192).indd 65 5/12/09 1:34:27 PM

un signo de la voluntad divina y que proponía, como gran solución, "desagraviar a Dios por los muchos pecados y delitos cometidos".[37]

Los índices de violencia se redujeron considerablemente en 1953, cuando el liberalismo y un sector del conservatismo decidieron deponer a Laureano Gómez, cuyo fanatismo, tanto político como religioso, fue señalado por las propias elites como causante de los odios partidistas. En su lugar, propusieron que los militares, que no parecían tan comprometidos en la contienda civil, asumieran el poder. El nuevo gobernante, el General Gustavo Rojas (1953-1957), era un católico militante y lo demostró sin escrúpulos recrudeciendo la persecución contra protestantes y comunistas. El clero no tardó en aprobar el "golpe de Estado" de Rojas. Unos años después, cuando el General quiso liberarse de la tutela del bipartidismo, fue tildado de inmediato como "dictador", y liberales y conservadores sellaron un acuerdo para retomar el poder y repartírselo entre ellos para evitar nuevas guerras. El pacto del Frente Nacional, que entró en vigencia en 1958, fue avalado por la Iglesia, que cumplía así una vez más el papel de instancia legitimadora de los acuerdos políticos de las altas cúpulas. El acuerdo bipartidista, que reconocía que la Iglesia católica era una institución fundamental en el ordenamiento social de la nación, logró su principal cometido: ponerle fin a la violencia entre liberales y conservadores.

A comienzos de los años sesenta, la Iglesia católica colombiana parecía hallarse en una situación muy favorable, pues había logrado frenar la política laica y, gracias al acuerdo del Frente Nacional, los liberales habían finalmente reconocido la importancia social del catolicismo. Sin embargo, una mirada más atenta permite descubrir sombras inquietantes en el panorama.

EL EPISCOPADO COLOMBIANO Y LOS "SIGNOS DE LOS TIEMPOS" (1962-1990)

El Concilio Vaticano II (1962-1965) y la asamblea del episcopado latinoamericano llevada a cabo en Medellín (Colombia) en 1968, constituyen eventos mayores en la historia del catolicismo mundial. Las decisiones que se tomaron en ambas reuniones fueron fundamentales para darle un giro

[37] "Pastoral Colectiva" (6 de mayo de 1948), en *ibid.*, p. 466.

01_ISTOR-37(1-192).indd 66 5/12/09 1:34:27 PM

radical a las posturas tradicionales de la Iglesia frente al mundo moderno. La recepción de los mensajes emitidos en Vaticano y en Medellín no fue homogénea: mientras en algunos lugares, la acogida fue muy favorable, en otras latitudes primaron las reacciones en contra. El episcopado colombiano se identificó, indudablemente, con la segunda actitud. A los desafíos planteados por estos dos hechos, se sumaron una serie de evoluciones en el contexto colombiano que también debilitaron el catolicismo intransigente.

Crisis del catolicismo tradicional

A comienzos de los años sesenta, ciertos procesos relacionados con la secularización se hicieron más notorios en la sociedad colombiana. En términos generales, el clero tenía dificultades crecientes para guiar las conductas de la población en materias como la sexualidad, la familia y la ética. Las evoluciones en el campo femenino ilustran bien este fenómeno. Una mejor preparación intelectual le abrió a la mujer espacios que hasta entonces le estaban vedados en el terreno laboral y en la política. Con las nuevas oportunidades y una mayor independencia de la mujer, el papel tradicional de la familia sufrió rápidos cambios. El control anticonceptivo, la reducción en el número de hijos y de matrimonios, el aumento de los divorcios y de las uniones libres, así como el del número de madres solteras, son reveladores de los cambios socioculturales.

En el seno de la Iglesia, la situación se hacía cada vez más delicada. Más allá del malestar que produjo la rebeldía de Camilo Torres en el episcopado, el "cura guerrillero" puso en evidencia un viejo debate sobre el papel del cristiano en la sociedad. Torres simbolizó una ruptura en la historia del catolicismo colombiano: por primera vez, un miembro del clero ingresaba a un movimiento "revolucionario" (Ejército de Liberación Nacional, ELN), y además marxista, cuestionando así actitudes y mentalidades tradicionales. Además de las defecciones determinadas por el ardor revolucionario, otras deserciones dejaban en claro la crisis vocacional, que venía debilitando, desde finales de los cincuenta, la presencia sacerdotal incluso a nivel rural. Los problemas de reclutamiento remitían a otra crisis: la de la imagen sacerdotal. El sacerdote, en efecto, no gozaba ya del mismo estatus social. Por otra parte, aunque no con la misma intensidad que en otros países del

01_ISTOR-37(1-192).indd 67 5/12/09 1:34:28 PM

continente, nuevos movimientos religiosos adquirían mayor importancia, poniendo en entredicho el monopolio del catolicismo.

Para agravar más el panorama, el episcopado colombiano fue sacudido por los vientos renovadores impulsados por Roma. El llamado de Juan XXIII a adaptar la Iglesia católica a los "signos de los tiempos" (Vaticano II) y el compromiso con la problemática social asumido por el episcopado latinoamericano (Medellín 1968), simbolizaron un claro cuestionamiento a las posiciones del catolicismo intransigente.

El *aggiornamento* de la Iglesia liderado por el papado marcó uno de los hitos más importantes en la historia del catolicismo. Renunciando "a una cristiandad de tipo medieval",[38] el catolicismo quiso dar un paso fundamental hacia una mejor comprensión del mundo moderno escrutando "los signos de los tiempos". La adaptación al mundo moderno exigía, por parte de la Iglesia, tomar una nueva posición frente a una serie de puntos que, hasta entonces, sólo habían merecido condenas. En primer lugar, un reconocimiento pleno de la pluralidad, de la gran diversidad cultural, que era una de las características de esa modernidad de la que se quería hacer parte. La promoción de un mundo plural también abarcaba el campo de la libertad religiosa, la cual se convirtió en un pilar imprescindible de la dignidad del hombre, un derecho humano que, al igual que los demás derechos inviolables del individuo, garantizaba el bien común de la sociedad.

La ola renovadora iniciada por Vaticano II tuvo otras manifestaciones no menos significativas. En 1967, la encíclica *Populorum Progressio* de Pablo VI le concedió gran importancia a las luchas revolucionarias y concluyó que sin un verdadero desarrollo no podría haber paz en el mundo. En la segunda mitad de la década, la Teología de la liberación no dudó en afirmar que la pobreza y la exclusión también constituían una forma de pecado, y llamaba a los católicos a luchar para liberarse de tales males.

Algunos sectores del clero latinoamericano reivindicaron el legado del Vaticano para aplicarlo a la región. La II Conferencia Episcopal Latinoamericana, llevada a cabo en Medellín (1968), tuvo como objetivo precisamente

[38] Roger Aubert, "Le demi-siècle qui a préparé Vatican II" en *Nouvelle histoire de l'Église* (bajo la dirección de R. Aubert, M.D. Knowles, L.J. Rogier), t. 5: *L'Église dans le monde moderne (1848 à nos jours)*. París: Seuil, 1975.p. 621.

01_ISTOR-37(1-192).indd 68 5/12/09 1:34:28 PM

adaptar el mensaje del Concilio a la realidad del continente. Como el contexto latinoamericano presentaba rasgos propios, fue necesario efectuar una relectura de Vaticano II para hacerlo operacional en el entorno de la región: "En el caso de América Latina –según uno de los principales teóricos de la Teología de la liberación–, esto supone que se mire de frente la situación inhumana de pobreza y de opresión en la que vive la inmensa mayoría del pueblo de este continente, y que se sea sensible a su aspiración de liberación".[39]

La reunión de la Conferencia Episcopal Latinoamericana (CELAM), un organismo que representa y agrupa a los episcopados del continente, se realizó en un contexto internacional particularmente agitado, con manifestaciones de todo tipo que pedían un mundo más libre y justo. Los promotores de esta iniciativa estaban influenciados por ese clima de agitación. La Revolución cubana se había convertido en el referente para millares de jóvenes; el movimiento estudiantil hacía sentir sus ruidosas protestas contra el "orden burgués" y el "imperialismo"; los partidarios de la liberación femenina celebraban la caída de no pocos tabúes. El descontento y la rebeldía también iban dirigidos contra la Iglesia católica, percibida como una institución anacrónica que defendía sus viejos valores en un mundo cada vez más secular.

El episcopado reunido en Medellín no sólo denunció la vergonzosa situación en la que vivían millones de latinoamericanos, sino que señaló a los culpables de tales injusticias, comenzando por la "oligarquía". Los prelados procedieron incluso a una fuerte autocrítica, reconociendo que la Iglesia no había estado a la altura de sus deberes sociales. La lectura que hicieron del descontento popular y de las organizaciones guerrilleras rompía con las interpretaciones tradicionales: las protestas y la violencia política tenían su origen en el fracaso del Estado en materia social, y no en un "complot comunista", como afirmaban los sectores conservadores. Por lo tanto, agregaban, era urgente proceder a las reformas necesarias si se quería poner fin a las diversas manifestaciones de "violencia institucionalizada" (pobreza, analfabetismo, exclusión política, represión).[40]

[39] Gustavo Gutiérrez, "Le rapport entre l'Église et les pauvres vu d'Amérique latine" en Giuseppe Alberigo, J-P. Jossua (ed.), *La réception de Vatican II*. París: Cerf, 1985, p. 231.

[40] Citado en *Revista Javeriana*, julio, 1968, p. 42.

01_ISTOR-37(1-192).indd 69 5/12/09 1:34:28 PM

Reticencias del episcopado colombiano

Una vez conocidos los documentos de Vaticano II y del CELAM, el malestar del episcopado colombiano se hizo evidente, como se aprecia en su doble discurso: si, por un lado, las jerarquías no cesaban de subrayar la importancia de las decisiones tomadas en Roma y en Medellín, y se decían prestas a ponerlas en práctica, por otro, no sólo introducían excepciones, matices que se justificaban, según ellas, por el contexto "particular" del país, sino que además sancionaban a los sectores del clero favorables al Concilio y a Medellín.

En su primera reunión tras el concilio (1966), los prelados colombianos ya advertían acerca de los "obstáculos" de la renovación: "el poner la confianza más en los medios humanos que en Dios; el aferrarse a lo existente, como si la Iglesia y los citadinos hubiéramos alcanzado ya la perfección divina; y el deseo de la novedad por la novedad misma, como si todo cambio en la Iglesia no debiera provenir de un momento previo del Espíritu que la guía".[41] La actitud del episcopado frente al ecumenismo y a la libertad religiosa permite apreciar toda la distancia que lo separaba de Vaticano II. Mientras que Juan XXIII había promovido estos dos factores, los jerarcas del país mantuvieron su discurso tradicional: los protestantes estaban en el error, sus creencias no tenían la fuerza de la verdad.[42] La profunda desconfianza del episcopado llevó a cerrar uno de los diarios católicos que más entusiasmo había mostrado frente a la apertura iniciada por Vaticano II.

Con relación a Medellín 68, el episcopado colombiano dio a conocer un "contradocumento" que refleja, una vez más, el desfase entre las posiciones de los prelados latinoamericanos y las de las jerarquías colombianas. El texto rechazó el pesimismo y el tono apocalíptico con el que la conferencia abordó la crisis latinoamericana e insistió en los peligros que podía acarrear una actitud demasiado crítica: "La proclividad a buscar explicación a nuestro desarrollo exclusivamente en la inequitativa distribución del ingreso es una tendencia demasiado fácil que distorsiona el estudio, desfigura el pro-

[41] "Mensaje pastoral de la Conferencia Episcopal a los sacerdotes, religiosos y fieles laicos sobre 'la Iglesia que todos debemos construir'" (4 de julio de 1966), en *CEC*, t. III, *1962-1984*. Bogotá: Editorial El Catolicismo, 1984, p. 141.

[42] *Ibid.*, p. 143.

01_ISTOR-37(1-192).indd 70 5/12/09 1:34:28 PM

blema y puede malograr las posibilidades del continente. Las razones son claras: Al señalarla como única causa interna estimula la discordia, enfoca todos los esfuerzos hacia una lucha intestina, y esteriliza muchas de las posibilidades de una acción fraterna".[43]

Otras voces

Camilo Torres no fue el único en cuestionar el conservadurismo de las jerarquías. Sin llegar al radicalismo del "cura guerrillero", otras voces críticas se expresaron. En un ensayo sobre poesía mexicana, Gabriel Zaid no oculta su sorpresa al "descubrir" que algunos poetas de su país defendieron la posibilidad de ser católicos y "modernos" a la vez.[44] Gonzalo Canal Ramírez reúne, en el caso colombiano, esos dos rasgos aparentemente incompatibles. Este intelectual católico no sólo defendió una serie de postulados opuestos al catolicismo oficial colombiano, sino incluso se anticipó a los vientos renovadores impulsados por el Concilio Vaticano II. Canal fue ensayista, novelista, columnista de varios periódicos y fundó su propia revista política. Además de defender, en un contexto poco favorable, un catolicismo más cercano a los valores de la modernidad, se destacó igualmente por sus esfuerzos como "empresario cultural", en particular a través de sus actividades como impresor y editor. En los talleres que fundó y dirigió durante varias décadas, publicó gran cantidad de libros, varias revistas y periódicos. Entre los trabajos que dio a conocer, figuran las publicaciones de diversos movimientos católicos, entre ellos *Frente Unido*, el periódico de Camilo Torres, quien fue su amigo personal.

En varias ocasiones, Canal se autodenominó un "socialista cristiano" o un "humanista cristiano", convencido de la necesidad –y de la urgencia– de establecer un "Estado cristiano". Pese a sus resonancias, esta denominación remitía no al confesionalismo estatal ni a los privilegios del clero, sino a una honda preocupación por el problema social, el pluralismo religioso y la acogida del mensaje del Concilio Vaticano II. Canal insistía en que el abandono en el que vivían muchos colombianos, en particular el campesinado,

[43] Citado en *Revista Javeriana*, octubre, 1968, pp: 521-522.
[44] Gabriel Zaid, *Ensayos sobre poesía*. México: El Colegio Nacional, 1993, pp: 295-544.

01_ISTOR-37(1-192).indd 71 5/12/09 1:34:28 PM

podía dar lugar a un estallido revolucionario.[45] Retomando a Tomás de Aquino, recordaba que "la historia, maestra universal, muestra constantes enseñanzas: las grandes catástrofes, las más sangrientas revoluciones han sido obra de la provocación de la injusticia, cuyo yugo, a veces transitoriamente soportan los pueblos, pero hasta un cierto punto, cuando los límites se rompen hasta el desbordamiento".[46] En una obra literaria, publicada en 1968, Canal se refiere explícitamente al caso de Camilo Torres: el ex sacerdote que lo representa en la novela sostiene que "… la revolución cristiana debe apelar a la violencia cuando no quede otro remedio para implantar la justicia".[47] Sin embargo, a través de otro personaje, Canal sostiene que posiblemente, dado el nuevo contexto que vivía el catolicismo, la solución podía vislumbrarse desde la institucionalidad: "el humanismo cristiano postconciliar ha triunfado porque ha llevado a la conciencia de los hombres la convicción de que el interés religioso, aunque trascendental, radica en el hombre junto al interés económico, al profesional, al cultural, al familiar y a las demás manifestaciones humanas".[48]

Con las mismas convicciones, Canal defendió el pluralismo en todas sus expresiones: en lo político, el comunismo no debía ser proscrito; criticó a la Iglesia por satanizar el sexo y por reducir la sexualidad a un mero instrumento de reproducción;[49] afirmó que la moral religiosa no debía intervenir es los asuntos del arte.[50] Cuestionaba incluso el "convencionalismo de la moral burguesa"[51] y hacía un llamado para adoptar una moral menos excluyente y machista, verdaderamente cristiana, que le reconociera plenos derechos a la mujer.[52]

Muchas de estas declaraciones fueron formuladas varios años antes de Vaticano II. A la hora del Concilio, Canal denunció las reticencias del clero colombiano frente a los vientos renovadores. Tan pronto finalizó el Concilio,

[45] "El hombre rural", *El Tiempo*, 14 de enero de 1947.

[46] Gonzalo Canal, *El Estado cristiano y bolivariano del 13 de junio*. Bogotá: Antares, 1955, p. 129.

[47] *Nicodemus*. Bogotá: Canal Ramírez Imprenta, 1968, p. 180.

[48] *Ibid*., p. 230.

[49] *Los días de la infancia*. Bogotá: Canal Ramírez Antares, 1972, pp: 90, 163-167. "Enciclopedia sexual", *El Tiempo*, 20 de agosto de 1971.

[50] "El desnudo", *El Tiempo*, 8 de noviembre de 1947.

[51] "Patota de lo convencional", *El Tiempo*, 25 de julio de 1958.

[52] "Misión de la primera dama", *Ya*, núm. 12, 10 de octubre de 1953, p. 9.

01_ISTOR-37(1-192).indd 72 5/12/09 1:34:29 PM

se dio a la tarea de asistir a varias iglesias, con la esperanza de encontrar el espíritu de Vaticano II en las homilías: "Tuve especial cuidado en parar mientes en cuanto pude oír y leer en Semana Santa, a ver en qué grado esa escritura y esa audición estaban penetradas del espíritu y del estilo del gran cambio operado por el Vaticano II". Sin embargo, el resultado fue decepcionante, pues "ni la literatura ni la oratoria oídas o leídas dedicaron siquiera cinco por ciento a la divulgación del Cristo social del concilio […]. Es decir, este Cristo aliado del hombre moderno en la búsqueda de su bienestar temporal y eterno". La conclusión reflejaba su desilusión acerca de las posibilidades de cambio: "Nos estamos quedando atrás de ese gran movimiento de transformación cristiana conciliar", de esa "gran primavera de la Iglesia".[53]

Los lamentos de Canal no eran infundados, puesto que las jerarquías intentaron contrarrestar el doble legado de Vaticano II y Medellín. Sin embargo, la época ya no era tan favorable a la contraofensiva del clero: las tendencias seculares se habían extendido a amplios sectores de la sociedad y de la geografía. Una nueva carta política, promulgada a finales de siglo, le dio un sólido respaldo jurídico a los procesos culturales mencionados.

DE LA CONSTITUCIÓN DE 1991 A NUESTROS DÍAS

Las dos últimas décadas del siglo XX fueron particularmente traumáticas para la sociedad colombiana. El fortalecimiento de las guerrillas, el auge del narcotráfico y de las diversas formas de violencia desatadas por este fenómeno, el clima de impunidad, el problema social, la corrupción y la debilidad del Estado dibujaban un angustiante panorama.

En medio de la crisis generalizada, la sociedad se dotó de una nueva carta política con el fin de superar los graves problemas que la aquejaban. En materia religiosa, la constitución de 1991 significó un giro radical: la confesionalidad del Estado, pilar fundamental hasta entonces de las relaciones entre el poder temporal y el religioso, desapareció para dar lugar a la neutralidad del Estado, base de la libertad y de la igualdad que fundamentan las nuevas relaciones entre las autoridades públicas y las confesiones religiosas.

[53] "La Semana anterior", *El Tiempo*, 13 de abril de 1966.

01_ISTOR-37(1-192).indd 73 5/12/09 1:34:29 PM

El episcopado intentó rechazar la reforma. No lo logró, pero la pérdida de influencia moral de la Iglesia se ha visto compensada por un protagonismo cada vez mayor en términos políticos y sociales. En las dos últimas décadas, los obispos se han convertido en abanderados de importantes causas favorables a la democracia. El mayor compromiso de la Iglesia con la apertura política y con la justicia social contrasta con sus posiciones tradicionales en torno a la moral.

El espíritu laico de la Constitución

La laicidad introducida por la carta política no se limitó a la separación entre los poderes político y religioso. Fue mucho más allá, pues introdujo una verdadera promoción de las diferentes minorías hasta entonces excluidas (religiosas, étnicas, políticas, sexuales). La igualdad no busca la homogeneización de los diversos componentes de la sociedad, pues precisamente se reconoce que la pluralidad –y la diversidad que ella entraña– es uno de los elementos constitutivos de la nación colombiana. La Constitución de 1991 reconoce la pluralidad de la nación, por lo que en adelante las minorías y los grupos excluidos pueden acceder, al menos teóricamente, a la ciudadanía, sin perder sus propias especificidades.

El reconocimiento del pluralismo religioso y, sobre todo, de la libertad y de la igualdad de todas las religiones ante la ley, implica una neutralidad plena (art. 19). Aunque el término no se menciona explícitamente en la Constitución, se puede hablar del nuevo carácter "laico" del Estado colombiano, sustentado justamente en el pluralismo, la libertad y la igualdad religiosas, la neutralidad estatal en torno a lo religioso y la separación de poderes. Y si bien es cierto que la nueva constitución comienza "invocando la protección de Dios" en su preámbulo, esta alusión no resulta incompatible ni con la igualdad religiosa ni con la laicidad del Estado. En efecto, no se trata, en ningún caso, de una divinidad particular que legitime la supremacía de un credo en detrimento de los otros, ni de un Dios que, provisto de atributos específicos, sea fuente de autoridad o de dignidad. Se trata más bien de reconocer que las creencias religiosas hacen parte de los derechos fundamentales de los ciudadanos y que, como tales, son un derecho reconocido y protegido constitucionalmente.

01_ISTOR-37(1-192).indd 74 5/12/09 1:34:29 PM

Para garantizar una verdadera igualdad religiosa, fue necesario establecer la libertad de enseñanza y asegurar la autonomía de la educación con respecto a la religión, por lo que el adoctrinamiento religioso en las escuelas es una materia optativa. En aras de conseguir los mismos objetivos, los constituyentes también aportaron cambios al matrimonio, al divorcio y a la familia: "Los hijos habidos en el matrimonio o fuera de él, adoptados o procreados naturalmente o con asistencia científica, tienen iguales derechos y deberes […]. Los matrimonios religiosos tendrán efectos civiles en los términos que establezca la ley. Los efectos civiles de todo matrimonio cesarán por divorcio con arreglo a la ley civil. También tendrán efectos civiles las sentencias de nulidad de los matrimonios religiosos dictadas por las autoridades de la respectiva religión, en los términos que establezca la ley" (art. 42).

El contraste, más aún, la ruptura con el régimen anterior es evidente. El giro radical operado por la nueva constitución en la percepción del hecho religioso es prueba de un ideal pluralista, pues el principio que orienta sus decisiones no está determinado ni por los intereses de la religión dominante ni por los derechos de las mayorías. Por el contrario, "la libertad de religión es concebida desde la perspectiva del individuo y de todas las comunidades, no desde el punto de vista de lo que sería más conveniente para la Iglesia católica".[54] Este enfoque, inédito en la historia del país, parte de una nueva concepción de la unidad nacional: si anteriormente se pretendió subsanar la falta de integración haciendo de la religión católica el instrumento privilegiado para lograr la unidad de la nación, con la Constitución del 91 esta unidad "se funda en el pluralismo".[55]

La reforma religiosa y el episcopado

Frente a la reforma religiosa, el episcopado dio muestras de su intransigencia tradicional. Para el clero, los principios cristianos sobre los cuales reposaba la sociedad colombiana no podían ser alterados. La moral cristiana, la familia, la educación, la dignidad de la vida, el "hecho católico", la

[54] Manuel Cepeda, *Los derechos fundamentales en la Constitución de 1991*. Bogotá: Temis, Consejería Presidencial para el Desarrollo de la Constitución, 1992, p. 183.

[55] Jorge Pérez, *Constitución política de Colombia. Comentada*. Bogotá: Leyer, 1998, p. 66.

01_ISTOR-37(1-192).indd 75 5/12/09 1:34:29 PM

invocación de Dios en la Constitución, temas que desde el siglo XIX ocupan un lugar central en el discurso episcopal, seguían siendo presentados como los pilares de un orden que debía ser preservado a toda costa. Por tales razones, en la Asamblea episcopal extraordinaria de febrero de 1991, los obispos hicieron "un llamado a la conciencia de los Delegatarios de la Constituyente para que recuerden que son representantes elegidos por un pueblo mayoritariamente católico y que recibieron un mandato de llevar a la Asamblea, por encima de opiniones personales, la voluntad del pueblo que los eligió y que exige respeto a sus creencias".[56]

En relación a la educación, el clero sostuvo que el "secularismo" propio a los colegios laicos, ignora y rechaza a Dios.[57] Puesto que la enseñanza cumple una función determinante como "formadora de personas", resulta "lógico" que la educación responda "a la identidad y a la cultura de los pueblos y, por consiguiente, la educación religiosa y moral en Colombia tiene que corresponder a la identidad y a la cultura de la mayoría del pueblo colombiano".[58] En contravía de los fundamentos de la nueva Constitución, la jerarquía recurría a una definición inapropiada de la democracia y, como en el pasado, hacía depender la estabilidad del país del buen funcionamiento de la educación católica: "Es más antidemocrático ceder a las exigencias injustificadas de las minorías cuyos derechos, por otra parte, garantiza la Constitución, que desconocer las justas exigencias de las mayorías del país cuya voluntad, en esta materia, estamos seguros de interpretar. La paz y la armonía del presente y del futuro están íntimamente vinculados con la garantía de la educación religiosa".[59]

La misma intransigencia se presentó en torno al matrimonio civil, al divorcio y, por supuesto, al aborto. Tan pronto se reconocieron los efectos civiles para los matrimonios religiosos, Pedro Rubiano, en ese entonces arzobispo de Cali, dirigió un comunicado a los "fieles católicos" recordándoles que "la Iglesia no aprueba el divorcio ni ha derogado sus principios

[56] "LIV Asamblea Plenaria Extraordinaria. Exhortación Pastoral sobre la Asamblea Nacional Constituyente" (febrero, 1991), en *SPEC*, Bogotá, Nº 54, 1991, p. 17.

[57] "LVIII Asamblea plenaria ordinaria" (julio, 1993), en *SPEC*, Bogotá, Nº 66, octubre-diciembre, p. 8.

[58] *Ibid*.

[59] "Carta de todos los obispos de Colombia al doctor César Gaviria Trujillo" (11 de julio de 1992), en *SPEC*, Bogotá, Nº 61, 1992, p. 23.

01_ISTOR-37(1-192).indd 76 5/12/09 1:34:30 PM

doctrinales"; por lo tanto, quienes se han casado por la Iglesia católica no pueden divorciarse ni mucho menos, si no quieren ser adúlteros, volver a contraer nupcias, "aun cuando el Estado disuelva o anule los efectos civiles" del matrimonio.[60] En el mismo momento, las encuestas señalaban que "más del 72 por ciento de los colombianos" respaldaban el divorcio,[61] dejando de manifiesto el creciente distanciamiento entre la Iglesia y la población. En cuanto al aborto, todo se reducía a un proyecto "contra la vida" que obedecía a "presiones abortistas que nos vienen de fuera" para impulsar, como en otros países, la "danza de la muerte de seres inocentes".[62]

Si por el lado de la familia, de la sexualidad y de la moralidad, el discurso del episcopado permanecía inmodificable, anclado al pasado más remoto, algo muy diferente sucedía con relación al campo sociopolítico.

El protagonismo del episcopado[63]

Desde finales de los años ochenta, el episcopado colombiano se ha acercado a los graves problemas del país desde una óptica diferente a la tradicional. Si aún persisten discursos en los que la "crisis moral" aparece como la gran causa de todos los males, sin duda ahora predomina otro tipo de diagnóstico, centrado en las realidades sociales, económicas y políticas, el cual le ha permitido a la jerarquía en su conjunto desarrollar una nueva forma de presencia en la sociedad. Ya no se trata de un episcopado que, por sus estrechas alianzas con los sectores dominantes, y por sus enormes temores frente al comunismo, sentía la necesidad de defender sistemáticamente el orden establecido. Ahora, por el contrario, la cúpula eclesiástica critica el poder, preocupada por la exclusión social y partidaria de encontrarle una solución política al conflicto armado.

[60] "Comunicado del Excelentísimo monseñor Pedro Rubiano Sáenz, arzobispo de Cali" (17 de junio de 1991), en *SPEC*, Bogotá, Nº 56, 1991, p. 33.

[61] *El Tiempo*, 22 de marzo de 1991.

[62] "Alocución inaugural del excelentísimo monseñor Alberto Giraldo Jaramillo arzobispo de Popayán y presidente de la Conferencia Episcopal de Colombia" (febrero, 1997), en *Comunicación SPEC*, Bogotá, Nº 75, junio, 1997, pp: 62-63.

[63] Este subcapítulo está basado en un artículo que publiqué, en coautoría con Fernán González: "Búsqueda de la paz y defensa del 'orden cristiano': el episcopado ante los grandes debates de Colombia" en Francisco Leal (ed.), *En la encrucijada. Colombia en el siglo XXI*. Bogotá: Norma, , 2006, pp: 173-206.

01_ISTOR-37(1-192).indd 77 5/12/09 1:34:30 PM

El cambio de actitud del clero tiene posiblemente varias causas. En primer lugar, las transformaciones en el contexto internacional: la caída de la URSS permitió a la jerarquía católica superar los temores acerca de las guerrillas, consideradas hasta entonces como simples agentes del comunismo mundial, lo que a su vez facilitó una nueva lectura de la problemática social. El Concilio Vaticano II también puede ayudar a entender la evolución del clero colombiano, pues abrió las puertas no sólo a nuevos desafíos, sino además a nuevas formas de asumir el catolicismo. En tercer lugar, en esta "renovación" del catolicismo se destaca el importante papel de algunos clérigos, religiosos y religiosas "progresistas" de los años sesenta y setenta, que llegaron a ocupar puestos importantes en algunas diócesis del país, influenciando a sus obispos. A esto se añade el trabajo social realizado en áreas marginadas y conflictivas por las comunidades eclesiales de base, por la Conferencia de los religiosos o por los jesuitas, quienes han hecho más visible la problemática del país. Asimismo, el creciente contacto de la Iglesia con algunas ONG dedicadas a la defensa de los derechos humanos y a la promoción social ha permitido a los obispos encontrar interlocutores que, poco a poco, los han llevado a ampliar sus puntos de vista, situación que no se presentaba con los interlocutores tradicionales (gamonales, terratenientes y comerciantes, entre otros). Finalmente, un factor interno contribuye a la evolución ya señalada: a finales de los ochenta, llegaron a la dirección del clero una serie de obispos que replantearon la visión eclesiástica acerca de la problemática nacional; en el mismo sentido, el ascenso de obispos de zonas marginales –en las que convergen guerrillas y/o paramilitares, cultivos ilícitos, ausencia estatal y pobreza– , hacia diócesis más centrales, también alimentó la posibilidad de desarrollar nuevas lecturas y compromisos.

El protagonismo del episcopado se observa en diversos planos. Frente a la clase política, ha multiplicado las críticas hacia su inoperancia, su desinterés por los grandes problemas del país y sus niveles de corrupción. El arzobispo de Bogotá, Pedro Pubiano, fue uno de los críticos más implacables del presidente Ernesto Samper (1994-98), acusado de recibir dinero del narcotráfico para financiar su campaña. En relación al conflicto armado, las jerarquías se han convertido en una de las principales abanderadas de la solución política, instando continuamente a los diferentes gobiernos a superar su tradicional recelo frente a la guerrilla. Dentro de su nueva concepción,

01_ISTOR-37(1-192).indd 78 5/12/09 1:34:30 PM

las reformas sociales ocupan un papel central, pues afirman sin ambages que violencia y pobreza van de la mano. A finales del siglo pasado, Nel Beltrán, obispo de Sincelejo, no sólo insistía en que la "redención" es un asunto de este mundo –es decir que "no se puede salvar al hombre fuera de su historia"–, sino que exhortaba a la Iglesia católica a comprometerse mucho más a fondo con los cambios sociales que requería el país: la construcción de un Estado más justo, el apoyo a la sociedad civil y a la democracia participativa constituyen un "cambio necesario para que no se cierren las puertas a la transformación por vías institucionales y no se empuje a los colombianos a optar por la guerra".[64]

En medio de un conflicto cada vez más encarnizado, el episcopado también dio muestras de una mayor preocupación por el deterioro de los derechos humanos y del derecho internacional humanitario, denunciando no sólo los atropellos de las guerrillas y de los paramilitares, sino también los del propio Estado. Uno de los puntos que más preocupa al clero es el de los desplazados. De hecho, fueron sus informes detallados los que llamaron la atención de la opinión nacional, a mediados de los años noventa, sobre la dramática situación de los cientos de miles de desplazados, presionados por todos los actores del conflicto.

CONCLUSIONES

Tras el estudio del catolicismo integral e intransigente colombiano se pueden destacar algunas conclusiones. (i) La importancia que este tipo de catolicismo ha tenido a lo largo de toda la historia del país. No sólo porque ha sido la corriente predominante en el episcopado, sino porque su influencia se ha hecho sentir en los más diversos aspectos de la sociedad. Si hoy en día su peso social se ha debilitado ostensiblemente, sería un grave error pensar que carece de todo impacto. (ii) La Iglesia no ha estado sola en su lucha contra la laicidad o contra algunos de sus principios. La mayor parte de la clase política ha mostrado la misma intransigencia, en particular el partido conservador, al menos hasta finales de la década de los setenta; igualmente,

[64] "El plan de Dios sobre la convivencia humana y la paz", en Documentación de pastoral social, Bogotá, Nº 180, junio-julio, 1998, pp: 33, 37, 44-46.

01_ISTOR-37(1-192).indd 79 5/12/09 1:34:30 PM

amplios sectores del liberalismo no dejaron de exhibir su malestar, hasta años muy recientes, frente a lo que ellos mismos llamaban un "anticlericalismo inoportuno" y "anacrónico", nocivo para la tranquilidad del país. (iii) También han habido evoluciones en las relaciones entre los bandos enfrentados. La mayor parte de los regímenes liberales ya no ven en el hecho religioso un obstáculo para el progreso: por el contrario, en muchas ocasiones predomina el entendimiento e incluso la abierta colaboración entre la Iglesia católica y los Estados.

01_ISTOR-37(1-192).indd 80 5/12/09 1:34:30 PM